

Amaromar



El amar y el mar son los motivos centrales de estas páginas, punto de partida de un lirismo erótico.

93

Es el título del último libro de Manuel Pantigoso. Cuando lo empezamos a leer creímos que deliberadamente había reunido varios términos en uno; pero resultó una impresión equivocada: la rara palabra está vivita y coleando en los diccionarios. De allí la ha sacado y fue una buena elección ya que se ajusta a las ideas y sentimientos que bullen en su ánimo. Los vocablos *amar* y *mar* están como incrustados en el nombre del libro, que significa lisa y llanamente *amarrar* o *sujetar*.

El amar y el mar son los motivos centrales de estas páginas, punto de partida de un lirismo erótico. Dijimos que el significado del nombre viene como anillo al dedo porque lo que más aspiran quienes de veras se aman es amarrarse o sujetarse mutuamente. Es común decir que cuando nos casamos prácticamente nos amarramos; y, más aún, hay entre nosotros un antiguo canto popular que expresa que aquellos que se quieren van como amarraditos por las veredas del mundo.

Pero entremos en el libro, que luce una portada de color rojo encendido tan propicio para el contenido. Evidentemente, el amor es lo fundamental; los mares simbolizan la fuente de la vida y la culminación de la misma; y, según la ciencia, constituyen el espejo del inconsciente colectivo. Aunque acabo de leer un pensamiento muy triste de los escépticos y los prácticos para quienes el amor es cuando dos seres se buscan, se encuentran, se atormentan y se separan. Sin embargo, Pantigoso -como muchos otros hombres y mujeres- no lo cree así. Desde luego, al escoger el mencionado título, el autor aspira a que el amor sea un encuentro indisoluble, más allá de las

vicisitudes terrenales.

Esto no queda en las buenas intenciones que refleja la inusual palabra, sino que se hace patente por cierto a lo largo del poemario. Resulta un canto amoroso vibrante, de principio a fin, que trasunta una firme confianza en la unión de la pareja; porque aquí no hay cabida a tristezas o incredulidades, como lo que mencionábamos líneas arriba. Los amantes quedan afortunadamente atados por los lazos de la carne y del espíritu.

Desde siempre los sentimientos más entrañables suelen ser expresados a través de los versos; y, en este caso, Pantigoso lo realiza en un estilo moderno. En consecuencia, la musa lírica Euterpe hace muy buenas migas con Venus (que es la diosa que todos conocemos). Naturalmente, según se sobreentiende, entre ellas se encuentra Poseidón, dios de los océanos, cuyos enigmáticos y hondísimos reinos tienen que ver con nuestro pobre reino interior, como ya lo dijimos antes. Así, Euterpe, Venus y Poseidón quedan una vez más reunidos.

Dos cosas que no debemos pasar por alto. El mencionar a Euterpe se justifica ya que los motivos son entrañables y, asimismo, porque en las últimas páginas surge una reflexión en torno a la poesía, que es frecuente en el parnaso hispanoamericano contemporáneo. Igualmente, hay algo más que señalar, como la curiosa relación final de los poemas, que el autor denomina "Índice del amor", donde los nombres quizás plasman a su vez otro poema. Más que recapitulación, sin duda una renovada profesión de fe en lo que Pantigoso cree a pie juntillas, y en lo que creemos también muchos de sus lectores. (Carlos Germán Belli).